

ARTHUR SMITH

Por Amparo DÁVILA

Dibujos de Juan SORIANO

ARTHUR SMITH se había levantado como todos los días a las siete menos cuarto. Tomó su acostumbrada ducha y se afeitó. A las siete y media bajó a la cocina. Mrs. Smith ya tenía la mesa puesta, y tan pronto llegó él le sirvió una taza de café acabado de hacer, que Arthur Smith bebía lentamente mientras ojeaba el *Diario Oficial*. Ese día, Arthur Smith retiró la taza de café y dijo a su mujer que quería algo de fruta. Mrs. Smith lo miró muy extrañada, aquello venía a romper una rutina de muchos años. No le preguntó nada y se limitó a llevarle una tajada de melón y plátanos. Arthur Smith tampoco leyó el *Diario Oficial* y sí se puso a ojear, muy complacido, una revista ilustrada que su hijo Jerry había dejado en la mesa de la cocina. Mrs. Smith tuvo que hacerle notar que eran cerca de las ocho y si no se daba prisa perdería el autobús para la ciudad. Él asintió con desgano y se dispuso a tomar su portafolio, el sombrero y el paraguas. Ya en la puerta, se despidió de su mujer con un ligero beso en la frente, como siempre lo hacía, y ella lo vio irse a través del jardín.

Mrs. Smith volvió a la cocina y se sentó en el mismo sitio que había ocupado su marido. Encendió un cigarrillo y empezó a beber el café, ya frío, que aquél había dejado. Estaba preocupada. Arthur era un hombre por naturaleza metódico y ordenado, lleno de pequeños hábitos y rutinas que jamás rompía. Además era una gran bebedor de café y nunca, por ningún motivo, perdonaba el café de la mañana antes de salir para la oficina. Desde que se casaron, hacía dieciséis años, lo había tomado día tras día. Cuando ella estaba enferma él mismo se preparaba su café. Solía decir que el estómago aullaba sin una taza de café. Trató de no inquietarse demasiado y encogiéndose de hombros se levantó y fue a gritarles a Tom y a Jerry que bajaran a desayunar, pues ya eran las ocho dadas. Los muchachos bajaron haciendo mucho ruido y ella les sirvió sus *hot-cakes* y su leche. Cuando

terminaron salieron alegremente aventando la puerta. Mrs. Smith subió la escalera, podían oírse las risas y gritos de los dos pequeños en la recámara. Los encontró jugando. No querían dejarse vestir y corrían de un lado a otro del cuarto. Por fin lo consiguió y después de haberlos peinado, bajó con ellos a la cocina. Les arregló su fruta. Ese día estaban muy traviesos, más que de costumbre, tiraron la botella de la leche y el frasco de la mermelada, Mrs. Smith les propinó un buen manazo a cada uno y los sacó al jardín para que la dejaran en paz. "No es posible poner en orden una casa con niños adentro", decía siempre Mrs. Smith. Y todos los días tan pronto desayunaban los mandaba a jugar al jardín. Entonces ella comenzaba la diaria rutina del hogar.

Aquel día la mujer estaba nerviosa, no obstante que se repetía que aquel incidente del café y del *Diario Oficial* tal vez no tenía importancia y que era absurdo pensar más en ello. Empezó a recoger la cocina y lavar los trastos. Un plato resbaló de sus manos y se hizo pedazos en el suelo. Suspiró con desaliento y siguió su tarea. Había terminado con la cocina y estaba poniendo la lavadora cuando sonó el teléfono. Hablaban de la oficina preguntando si Mr. Smith se encontraba enfermo. La mujer aseguró que no y que su marido había salido para allá, como de costumbre, que tal vez algo lo había demorado. Y suplicó que cuando llegara le dijeran que se comunicara con ella.

Mrs. Smith comenzó a caminar por la casa sin saber qué hacer. Había muchas cosas en que ocuparse pero no tenía disposición para nada. Aquella llamada de la oficina había acabado de preocuparla. Temía que algo le hubiera sucedido a su marido por el camino. Pensó llamar a los centros de emergencia y preguntar, pero le pareció absurdo, casi ridículo. Arthur era en extremo precavido y cuidadoso. Tal vez había tenido alguna otra cosa importante que hacer y no había ido a la oficina, o llegaría más tarde. Decidió que esto era lo más lógico y que no había pasado nada y ella no tenía por qué estar nerviosa. Una vez que controló sus nervios y preocupación, se dispuso a terminar el arreglo de su casa. Después se dio un baño tibio que terminó de serenarla. Se vistió un vestido ligero y se prendió los chinos. Se maquilló cuidadosamente y se sintió contenta de verse limpia y arreglada. Colocó una pañoleta para proteger los chinos y se encaminó por la puerta del fondo, para que los niños no la vieran y quisiesen ir con ella, al supermercado a comprar comestibles.

En el supermercado encontró Mrs. Smith a sus dos amigas íntimas y mientras escogían sus provisiones charlaban alegremente. Mary les contaba de una magnífica barata de zapatos que había en *Manguels*. Estaban regalando los zapatos, ella se había comprado dos pares y pensaba regresar por otros. Decidieron que irían las tres juntas el sábado por la mañana, que era el día que Mrs. Smith iba a la ciudad de compras. Los sábados iba Amapola, una negra que una vez por semana le planchaba la ropa y le hacía una buena limpieza a la casa, además cuidaba a los pequeños y ella podía salir sin pendiente de ellos. También irían a donde *Harpers* que estaba anunciando una liquidación de vestidos por fin de temporada. Y se quedarían a lonchar en el centro. Tal vez podían encontrar allí a la pobre Emily que estaba tan abatida después de su divorcio con Harry. Realmente Harry era un hombre muy torpe con haberse divorciado de Emily *¡so sweet, so nice!* Si bien era cierto que a veces Emily era un poco descuidada con la casa y no atendía muy bien a Harry. Y algunos días, cuando éste llegaba de la oficina, no había comida y Emily estaba en casa de las Warren jugando poker. Mary aseguró que ella sabía que Harry andaba con una chica de la oficina, que decía que era rubia platino, pero que ella la había conocido en el College y era bien morena y con el pelo muy negro. Que además aseguraba que su papá era abogado, pero que era hija de un chofer. *¡La pobre Emily, so sweet, so nice!*, era una infamia que Harry le hiciera una cosa así. Se quedaron muy impresionadas cuando Anny les platicó lo de Mrs. Thorne, su vecina, a quien ellas creían, o más bien ella misma les había hecho creer, que era riquísima y que su padre era un petrolero de Texas, quien le hacía regalos magníficos como el refrigerador último modelo que les había enseñado aquel domingo que las invitó a jugar. Pues Anny estaba regando su jardín, cuando oyó que Mrs. Thorpe discutía acaloradamente con dos hombres en el porche





de la casa. Anny no había querido oír lo que decían, pero como hablaban a gritos se enteró que aquellos hombres iban a embargar a Mrs. Thorpe, porque no habían pagado varias letras del refrigerador y de la lavadora, y de quien sabe cuántas cosas más... Anny se había sentido profundamente apenada y había dado media vuelta para alejarse y no oír más, pero en ese momento Mrs. Thorpe la descubrió y puso una cara muy desagradable. Desde ese día ya no saludaba a Anny y se hacía la desentendida cuando se encontraban. Y lo del papá petrolero había resultado un verdadero embuste, realmente se había burlado de ellas. Y ellas, comentó Mary, habían sido muy bondadosas con Mrs. Thorpe, pues cuando llegó a vivir por allí nadie la invitaba para

nada. Ellas habían sido las primeras en ser amables, pero no la volverían a saludar, y el domingo cuando la encontrarán en el oficio de la iglesia, pasarían de largo sin notarla. Ya para despedirse, Mrs. Smith les contó que por fin había visto la obra del Palace. Después de varias semanas de insistir con Arthur que la llevara había accedido la noche del sábado, ¡el pobre Arthur tan serio y respetuoso!, (al recordar a Arthur, Mrs. Smith sintió que algo desagradable se le rebullía en su interior, pero sacudió el pensamiento rápidamente y continuó la charla) decía que aquella obra era impropia para señoras. Ella estaba de acuerdo que la pieza era muy atrevida y picante. ¡Si hubieran visto la cara que Arthur tenía, rojo hasta los cabellos! A ella le había dado mucha ternura observarlo tan apenado. Todas estuvieron de acuerdo que la obra era tremendamente arriesgada, pero como todas las señoras del club hablaban de ella, había que conocerla para no pasar por timoratas y exponerse a burlas. Sin embargo, habían notado que el reverendo Watson las había mirado en una forma muy especial el domingo, durante el sermón, cuando se refirió a las personas poco sensatas que asisten a espectáculos peligrosos y censurables. Realmente había sido una audacia el haber ido. Ya para salir del supermercado, Mary les contó de un pastel de carne que había hecho el día anterior, y que era verdaderamente delicioso, además de ser muy fácil y muy rápido. Le pidieron la receta diciendo que ese mismo día lo iban a preparar. Después de haber comprado las cosas necesarias para el pastel y comentado de prisa algunas otras cosas más, se despidieron, pues todas tenían urgencia en volver a sus casas y preparar algo para el lonch.

Mrs. Smith entró silenciosamente por la puerta trasera para evitar que los chicos se dieran cuenta que llevaba cosas de la tienda. Cuando comían algo antes del lonch, después no querían probar bocado, y eso les perjudicaba. Decidió que haría el pastel de carne para la comida de la tarde, a Arthur le entusiasmaba que ella preparara algo especial. Mientras cocinaba una sopa de verduras para los chicos, escuchaba por la radio los treinta minutos de la novela del mediodía, la cual era *so exciting and tender*. Aquel día tocaba el capítulo quinto. Mrs. Smith encendió un cigarrillo y se sentó a escuchar, cómo la bella y dulce Jenny, quien trabajaba junto con su madre en la cocina de la casa de los multimillonarios Morton, había visto un día, en el jardín de la gran residencia, al joven Luis Morton, quien acababa de regresar de la India y había quedado locamente enamorada de él... Y bien —decía el locutor al terminar el capítulo—, ¿qué creen ustedes queridas radioescuchas que suceda en el próximo capítulo? ¿Que el joven multimillonario Morton descubra el amor que la bella y dulce Jenny siente por él, y que él también se enamore de la jovencita? ¿Qué la aristocrática familia esté de acuerdo con el amor de estos hermosos jóvenes, o de lo contrario traten de alejarlos y destruir su cariño? Mañana estaremos nuevamente con ustedes dándoles la continuación de esta bella historia de amor, mientras tanto no olviden que la leche en polvo *Four Roses* es el alimento ideal para... Mrs. Smith apagó la radio y suspiró. Sirvió la sopa y preparó unos sandwiches para los niños, dos vasos de leche y un poco de jelaína. Cuando todo estuvo listo en la mesa, los llamó desde la puerta. No venían. Los llamó nuevamente. Otra vez. Otra vez más. Impaciente salió a buscarlos al jardín, y los encontró jugando a las canicas con Arthur Smith. Allí estaba Arthur Smith con los chicos, jugando a las canicas, en mangas de camisa y sin corbata. El saco, el portafolio, el sombrero y el paraguas botados sobre la hierba. Allí había estado con los niños, en el jardín. Y no había ido a la oficina por quedarse a jugar a las canicas...

—Arthur, Arthur, ¿qué significa todo esto, dímelo? Decía la mujer llena de angustia, lívida, desconcertada.

—Jugamos muy bonito, toda la mañana, a las canicas— contestaron a coro los niños y Arthur Smith.

—Arthur, Arthur —gimió la mujer a tiempo que lo veía tratando de encontrar una respuesta. Pero no la tuvo. Arthur Smith estaba contando, con gran dificultad, unas canicas.

Sin decir una palabra más, la mujer dio media vuelta y se fue caminando pesadamente hacia la casa. Los niños y Arthur Smith entraron a la cocina detrás de ella, y se sentaron a la mesa.

—Yo no tengo nada que comer —gimió Arthur Smith al ver que sólo había dos lugares en la mesa.

—A mí no me han puesto mi comida —repetía desolado, y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Mrs. Smith se apoyó en la estufa para no caer. Sentía que se iba a desplomar, que todo giraba en torno de ella. Sintió un enorme dolor desgarrándola. Y un sollozo ahogado, ronco, estremeció su cuerpo. Supo que había perdido a Arthur Smith, que frente a ella, sentados en la mesa había tres niños,